

Una infancia en Aranjuez allá por 1970

ALBERTO BUSTOS

Díkitur

Una infancia en Aranjuez allá por 1970

Una infancia en Aranjuez allá por 1970

Alberto Bustos

Díkitur

Publicado bajo licencia Creative Commons
Atribución – No Comercial – Sin Derivadas 3.0
España



Asegúrate siempre de tener la versión más reciente:

<http://blog.lengua-e.com/2013/una-infancia-en-aranjuez/>

1.^a edición

Algunos derechos reservados

Alberto Bustos, 2013

Díkitur, 2013

Cáceres (España)

albertobustos@lengua-e.com

Para Cecilio Fernández Bustos.

Porque así, una a otra,
se van dando la mano las
generaciones.

A mi padre.

A cuantos habitaron alguna vez este
territorio.

¿Por dónde empezar?

Acometo el sendero más escarpado de cuantos he osado atacar en mi vida. Dejo atrás sabiduría y posesiones —cuantas haya podido acumular— y parto desnudo hacia un reino del que fui desposeído hace ya una eternidad. Ni las piedras quedaron y, sin embargo, necesito rescatar lo que se pueda antes de que a él y a mí y a todos se nos trague el olvido.

El recuerdo

En mis planes estaba hablar de lugares y, sin embargo, nada más comenzar me veo burlado por los hechos: tengo que dedicar mis primeras palabras al recuerdo. Es un acto de sinceridad; incluso, de coherencia. Las calles, plazas y jardines que se nombrarán son irreales. Hace tiempo que los sustituyeron otros del mismo nombre, o quizás incluso de nombre diferente, por más que la traza se empeñe en mostrarse parecida. Las personas que se mencionarán —si es que se mencionan— hace tiempo que dejaron de ser ellas. Ni siquiera el yo, ese yo machacón y omnipresente, ha de tomarse al pie de la letra. El recuerdo es el único lugar, el único hogar, la única persona que me han dejado los años y a él me dispongo a rendirle tributo sacrificando si es necesario lo poco que pueda quedar.

Adelante, pues

El primer recuerdo que guardo es de mi madre o, más bien, de la cocina de mi madre, si es que es posible hilar tan fino a tal edad. Mi madre llena el centro de un universo de azulejos blancos mientras sostiene a mi hermano en el regazo. No sé lo que ocurre a continuación porque la escena ha quedado congelada para siempre tal como se hallaba en el preciso instante en que un niño fue a asomar la cabeza por la puerta de la cocina de su casa —de la cocina de su madre—, un rayo de sol de la mañana penetrando por la ventana y quebrándose en mil pedazos contra los azulejos para precipitarse sobre madre y hermano bañándolos en una lluvia de luz de leche, de pan con nata y azúcar, e impregnando de admiración unos ojos que apenas se abrían al mundo. Tal fuerza tuvo ese rayo original que su brillo límpido sigue alumbrando al hombre que hoy soy, en el que me he convertido. Ojalá llegue a acompañarme hasta el final de mis días y en la noche postrera en que mi ojo cansado se disponga a cerrarse pueda todavía alcanzar a gozarse en un reflejo —aunque sea tenue— de aquella primera luz.

El Jardinillo

El Jardinillo era triste como jardín porque no tenía ni flores ni setos ni árboles que dieran sombra ni una sola hoja ni un poco de verdor, aunque solo fuera para justificarse. El Jardinillo venía a ser un macetero gigante de bordes desdentados. Sus ladrillos habían conocido tiempos más gloriosos o eso, por lo menos, era lo que daba a entender aquel nombre que los mayores le habían adjudicado y los niños habíamos aprendido.

Yo no sabía ni siquiera reconocer en él un diminutivo, nada que lo vinculara con *jardín*. El jardín era otra cosa. Para mí *Jardinillo* era un nombre propio, igual que lo eran los Arcos o el Hoyo. Y ni siquiera tenía nada de particular ese artículo, que hubiera podido, que hubiera debido hacerme sospechar, porque ¿no se decía acaso *la Manoli, la Angelines, el Chifla, el Murciano*? Los niños nos habíamos apoderado de su cuadrilátero sin cuestionarlo, sin adivinar que poseía un pasado que conocían las personas mayores y que era el que daba sentido a su nombre. A nosotros nos bastaba con saber que te dejaban bajarte un ratito más a jugar si prometías quedarte en el

Jardinillo y no salir a los Arcos, porque los Arcos eran el pórtico de lo vetado, del espacio al que no se podía acceder sin que descargaran sobre ti ira y castigo: los Arcos daban a la Calle.

El Jardinillo, en cambio, era nuestro. Era un corralito en el que excavar lagos y caceras para inundarlos después, en el que elevar presas que la tromba surgida de una botella acababa por desbordar y por derrumbar.

Nada como la felicidad de jugar en el Jardinillo, porque solo él era nuestro, solo él era de los niños. Era nuestro castillo, en el que permanecíamos juntos y a salvo de ese otro mundo exterior de fronteras trazadas por el miedo, cuyo nombre pronunciaban las madres con el tono severo de las cosas con las que no se juega.

La escalera

La escalera constaba de provincias apiladas, cada una con su gobernador o, más bien, gobernadora. A cada una de estas provincias la llamábamos *descansillo*.

Al descansillo de la señora Engracia se subía corriendo para bajar deslizándose a trompicones y volver a subir a la carrera. Desde allí, nada había más fácil que ganar el de la Mariloli, quien lo administraba por delegación de su madre, la señora Dolores. Con la Mariloli nunca faltaba un trozo de escalón para sentarte a su lado a verla bordar. Tú aún no entendías de ajuares ni de bodas. Bastante tenías con saber que ella sacaba por las tardes un bastidor que nada tenía que envidiar a las coronas de los mejores cuentos. Pero mientras que los aros de metal estaban hechos para abrazarse a los cabellos dorados de las princesas, este otro círculo de madera tenía por todo anhelo y toda felicidad el rodear una tela blanca de algodón. A base de atacarla con la aguja y de hurgar en la herida toda la tarde y una tarde tras otra tarde, aquellos campos resplandecientes se iban cuajando de pétalos rojos, centros amarillos,

tallos verdes con una hoja enganchada, acaso dos... ¿Quién no hubiera deseado deslizar las yemas de sus dedos por semejantes relieves? Pero no podía ser porque estaban reservados para un príncipe, un príncipe azul que estaba por llegar.

Después de la labor, la Mariloli observaba las fotos de caballeros y caballeritos, guerreros sin armadura, cuentos de hadas en fotonovela poblados de damas y damiselas que esperaban —siempre con paciencia, siempre con abnegación— a sus galanes. La Mariloli sabía escrutar en aquellas páginas los designios de los astros y revelar lo que algún brujo desde algún lugar recóndito había vaticinado aquella semana para piscis y acuarios, libras y capricornios: quién debía ser precavido en los negocios y a quién le esperaba un encuentro trascendental con un desconocido.

Pasada aquella provincia tan benévolamente administrada, nos íbamos internando en territorios remotos, cuerpos celestes situados en los confines de un sistema solar vertical. Hasta la puerta de la Angelines rara vez se subía y en esas raras ocasiones yo no podía evitar sentir algún enigma acechando tras la cortina que perpetuamente velaba la entrada. Cierta noche, en uno de los primeros veranos de mi vida, me aventuré más allá todavía, hasta el rellano de la Hortelana. Fui a buscar a la Inma, que era mi novia, pero no estuvo y yo tuve que regresar a mi casa con un corazón pesado y repleto de sombra.

El último descansillo, en el que culminaban las exploraciones, era el más misterioso, a lo que contribuía no poco el que fuera el único que se nombraba con nombre de varón: el descansillo de Gonzalo.

Allí moraban —maravilla de las maravillas— los contadores de la luz, enfrascados en un delirio giratorio. Cuántas horas de mi todavía breve vida no dedicaría yo a estudiar la órbita metódica de sus ruedas dentadas mientras me dejaba embelesar por el coro exacto de sus engranajes.

Las escaleras de mi barrio eran diferentes. No tenían barandilla, sino unos tubos que corrían macizos de arriba abajo. Los nuestros estaban pintados de un verde claro lleno de promesas.

De vez en cuando las vecinas se armaban de brocha, pintura y aguarrás, y se embutían en la bata vieja que reservaban para tales ocasiones. Restauraban entonces el esplendor de los tubos con una buena mano de pintura para mayor gozo mío y de toda la chiquillería. Aunque yo prefería la otra versión, la de «¡Vamos a blanquear!»... Brotaban entonces del fondo de las casas barroños, cubos y brochones de madera erizados de cerdas negras; las mujeres se cubrían el pelo con pañuelos, anudándolos cuidadosamente en las esquinas, y, con un poco de suerte, hasta te podían dejar que ayudaras a deshacer la pasta.

No es de extrañar que luego se las llevaran los demonios cuando nos veían allí encaramados:

«¡Que vais a romper los tubos!». En otras escaleras ya habían partido varios. Se quedaban mutilados, colgando de la abrazadera y enseñando al mundo las tripas de cemento. Por nada del mundo hubiera deseado algo así para los nuestros, pero cuando me lanzaba escaleras abajo, fiado a los pies alígeros de la edad, no podía resistirme a la tentación: me abrazaba al último tubo, giraba sobre él como la flecha de una veleta y aterrizaba en el siguiente tramo. Sin embargo, a la felicidad de este mundo apenas le es dado perseverar un instante en la perfección: después de mi fechoría siempre tenía que volver la cabeza para comprobar si me habían sorprendido.

Aquellos fueron tiempos más generosos en niños que los de hoy. Abajo vivían Roberto y la Paqui. Roberto era mayor y se juntaba con los chicos grandes. La Paqui, en cambio, era pequeña comparada incluso conmigo. Su nacimiento vino precedido de gran expectación. Alguien nos debió de poner sobre la pista. Durante días que se nos hicieron semanas, semanas que se nos hicieron meses, meses que fueron una eternidad, no se estuvo pendiente de otra cosa. Era urgente determinar si sería niño o niña y, sobre todo, cómo se llamaría. Eso era lo que más nos ocupaba en nuestras cábalas: cómo se iba a llamar aquel bebé, hasta que un día la noticia reventó como una bomba: «¡Que ya ha nacido la Paqui!». La chiquillería se lanzó en tromba al patio gritando

y corriendo: «¡Viva! ¡Viva la Paqui! ¡Viva! ¡Viva!». Aquel fue el acontecimiento del día, mucho más importante que la llegada de los bomberos o de un vendedor ambulante.

Hoy esa escalera no existe. Han puesto otra en su lugar, más moderna y funcional. Ya no hay que tener cuidado de los tubos porque hace tiempo que su puesto lo ocupa una barandilla y no habitan allí los niños porque ni los niños andan sueltos por las escaleras ni quedan niños que soltar.

El patio

La prolongación natural de la escalera era el patio. El nuestro era un patio abierto. Le faltaba la cuarta pared, como en el teatro, por más que estuviese bien presente en nuestras cabezas. El lugar que le correspondía lo marcaba un pórtico de ropa tendida. Si en un juego o en una pelea con los chicos del barrio nos batíamos en retirada y traspasábamos la arcada de sábanas, todos sabíamos que aquello era *casa*.

La cuerda de tender se alzaba con horquillas de madera que los hombres traían del campo. Se seleccionaba una rama larga y derecha, a ser posible, de fresno, se cortaba, se limpiaba bien de ramitas, y de los dos caminos que tomaba en su extremo solo se respetaba el arranque, reducido a dos puntas tías, dos cuernos inofensivos. Ese esqueleto mondo y lirondo se dejaba secar y quedaba así listo para asumir su misión. Los muros tenían incrustadas dos argollas que ocupaban su puesto desde tiempos inmemoriales a juzgar por la herrumbre que vestía su cuerpo rollizo y torcido. Se pasaba por ellas una sogá que, una vez amarrada, quedaba colgando como una comba

que alguien hubiera olvidado. Era la horquilla la que poseía la magia capaz de convertir aquel colgajo en una proa enhiesta, y de lanzarla contra los vientos de la tarde. La ropa blanca recién salida del agua se entregaba allí a su vuelo cautivo: sábanas ondeando como enseña de la gente de paz que allí moraba, camisas suspendidas boca abajo en un continuo número de trapecismo, camisetas como lienzos en los que estaban pintadas de blanco la pureza y la bondad, pañuelos como las banderolas de los días de fiesta.

¿Qué mejor lugar para jugar?: conquistar el bloque de granito que servía de tope, cabalgar el palo como un caballo manso, acariciar la corteza suave o rasparse con las nudosidades, imitar la prodigiosa tensión de la cuerda y, sobre todo, ensayar contra aquel ingenio la fuerza de unos brazos que soñaban con ser mayores.

Aquel patio era el centro de la vida. Allí sacaban los vecinos sábanas cuajadas de almendrucos para que el sol las fuera secando a su ritmo. El pequeño guardián no solo obtenía la satisfacción de pasar la hora de la siesta embelesado, estudiando los hoyuelos del caparazón de una almendra, discerniendo la trama del paño; no, por si fuera poco, la vigilancia constante se podía ver recompensada con un puñado de almendras que acogías en el cuenco de tus manos bien juntas, vueltas hacia el cielo, un puñado descomunal, pero que igualmente encontraba acomodo en los bolsillos

antes de que salieras de estampida en busca de la piedra más gorda que se plegara a tu voluntad. Y qué mejor preparación para la vida que aprender a mascar a dos carrillos el fruto que salía dulce, extraerle todo el jugo... y escupir sin pensarlo el amargo y traidor para remplazarlo inmediatamente por otro que arrastrara consigo el mal sabor de boca.

Pero el premio supremo llegaba por otoño si el azar, ayudado de la bondad de alguna vecina, te quería obsequiar con un girasol, una *torta de sol* con la que volabas escaleras arriba para que tu madre te cortara un pico con el cuchillo de la cocina. Te podías bajar entonces de nuevo a la calle a desgranar el trozo de felicidad que te había correspondido, a arrancar el tesoro de sus granos con tus deditos ávidos, sentado en el bordillo, y devolviendo las cáscaras a la tierra de la que salieron, después de haberles robado el alma con la fuerza de tus dientes y la agilidad de tu lengua. Pero la torta de sol también traía su moraleja: el final de tu placer goloso eran una lengua y labios en carne viva para lo que quedaba de tarde y quizás hasta el siguiente día.

Las sábanas no solo recibían los frutos de la tierra en aquel patio. Había días en que aparecían tapizadas de mechones de una lana espesa y negra, entreverados aquí y allá de la cana de un vellón que solo conseguía pasar por blanco mientras permanecía en tan adusta compañía, pues

contemplado en sí mismo y por sí mismo se delataba su naturaleza amarillenta, desvaída y triste. Aunque la influencia era mutua, porque los otros, vistos de cerca y sin término de comparación, se desprendían de su negrura para revelarse de un marrón turbio. La lana, cuando descendías hasta ella, resultaba fea y áspera y estaba tocada con la marca de las cosas desagradables y sucias. Era preferible observarla de lejos, desparramada en la tela, atiborrándose por unos días de la luz que se le negaba durante todo el año en el vientre del colchón de donde había salido y adonde tendría que volver. En el fondo era de justicia que el colchonero-lanero, cuando llegaba, le propinara una zurra con su vara, que hacía saltar aquellas gueijas desdichadas por el aire.

Era el colchonero-lanero uno de los muchos oficios que habían recorrido en compañía los unos de los otros la senda de los siglos para ir muriendo al tiempo que crecía mi generación. También pasaban por el patio —cada uno con su propio canto, con su grito gremial— el paragüero-lañador, el afilador, el trapero, el chatarrero... Y qué alegría, qué dicha inundaba ya la jornada o por lo menos toda la mañana si te dejaban bajar con un cacillo desconchado, un paraguas desarbolado, con las tijeras de la cocina, que ya iba haciendo falta afilar; o, mejor todavía, con unos pantalones viejos, un fajo de periódicos o —joya entre las joyas— un grifo para vender. Era hermoso ver al afilador

pedalear en su bicicleta marcha atrás, sacando chispas del acero al contacto con la piedra de amolar. Pero nada de aquello era comparable con la ansiedad del momento de poner en la balanza la mercancía largamente atesorada en el balcón y, al despeñarse la pesa negra por el brazo de la romana, oír a aquel hombre tasarla con voz ronca en reales, pesetas o duros, que la manita infantil apretaba avariciosa mientras escalaba los peldaños a trompicones para ofrecerle a mamá la ganancia de aquella venta. ¿Y qué decir de aquel charlatán que en una noche dejó surtido a todo el barrio de mantas, colchas, cubiertos y vasos, y a nosotros de peines que estuvieron peinando mi cabeza hasta bien entrada la edad adulta e, incluso, las canas de mis padres?

Desde el patio acudías cada vez que te reclamaba tu madre: «¡Corre! ¡Ven!». Dejabas lo que estuvieras haciendo, a los niños con los que estuvieras jugando, y te presentabas como una exhalación ante la que así te convocaba. «¡Sube! ¡La merienda!». Y tu corazón inocente se aceleraba para acudir a la llamada que tan maravillosas, tan deseables cosas prometía. El camino también se recorría en sentido contrario y en aquella época de la vida sin relojes eras capaz de reunirte con tu amiguito a la hora acordada para continuar con vuestras correrías donde las dejasteis. Si era la temporada de las chapas y os encontrabais con unas cuantas en el bolsillo, agarrabais el primer

trozo de cartón que apareciese por el suelo y os poníais a peinar la tierra para formar el circuito por el que se lanzarían, impulsadas por la fuerza de los dedos y en apretada competencia, las imágenes de ciclistas en sus barquichuelas de metal rizado.

Si acaso apretaba el calor y en tu casa te habían dado albaricoques de postre, ya tenías ocupación para la tarde. Había que trabajar sus huesos —los güitos— para sacar de su madera instrumentos musicales. Ya sabías lo que tenías que hacer: agarrabas el hueso y te ponías a frotarlo contra el cemento a toda velocidad, lo arrastrabas por la acera doblando el espinazo para echar encima el peso del cuerpo; te sentabas en el bordillo y lo raspabas y lo raspabas... hasta que poco a poco aquel trozo de madera dura iba dejando al descubierto su esencia y su interior. Primero se iba aplanando y puliendo, y tú con la yema del dedo explorabas aquella nueva superficie bruñida, aún caliente por la fricción. Después se iba insinuando un agujerito por el que veía la luz un pellejo marrón, que se rompía para dar acceso a la joya: una almendra blanca y amarga que se iba extrayendo como se iba pudiendo: hurgando con palitos, con alambres, con la punta de un clavo oxidado... hasta que se liberaba la cavidad y por fin se podían aplicar los labios y soplar con toda la fuerza de unos pulmones nuevos para arrancarle a aquella madera horadada una nota, su

única nota, que solo se podía modular variando la intensidad y el ángulo del soplado. Y aquel silbido transportaba por el aire para enseñársela a todo el mundo tu felicidad breve de aquella tarde que no conocía ni principio ni fin.

El patio era también el centro de los cotilleos. Allí sacaba su silla cada vecina en las noches de verano. Claro que también eran admitidos los hombres en aquel corro, pervivencia de corros inmemoriales... Claro que eran admitidos, pero en el sobrentendido de que su condición era la de invitados y de que debían dejar a las mujeres que llevaran la voz cantante. Allí se hacían y deshacían reputaciones reduciendo la voz a un bisbiseo, un hilillo apenas, del que pendía el nombre de familias enteras. Era aquel también el lugar propicio para la confidencia y hasta para la confesión sexual —siempre entre risas ahogadas; siempre, por supuesto, con el lecho conyugal como escenario—, confidencia y confesión que se convertían, en cuanto faltaba la interesada, en el alimento ideal para nuevos bisbiseos.

Aquellas noches no sé cuándo acabaron. Solo sé que después de haberlas vivido jugando despreocupado abajo, entre el calor mitigado por la tiniebla, se prolongaban aún desde la cama, adonde por la ventana abierta acudían en oleadas los secretos de los mayores, que lo eran tan poco como los que los niños creíamos mantener a resguardo de los adultos. Y así era todas las noches

hasta que la luz atenuada de una farola, de la farola de nuestro patio, nos iba envolviendo en su gasa blanca que tapaba las ganas de mirar que había en los ojos de los niños y se los llenaba de sueño.

El Hoyo

Si el patio era un reino particular, firme y constante, el Hoyo era el amplio mundo, el espacio donde campaban a sus anchas fuerzas incontrolables. Se llamaba Hoyo, pero en realidad era una glorieta arropada por nuestras casas, casas de gente trabajadora, gente humilde, aunque sus hijos se sintieran los más dichosos del universo. Cuando yo empecé a conocerlo era una alfombra de tierra salpicada de cantos: unos, pequeños como un garbanzo, incluso como un piñón; y otros, gordos como mi puño; unos, grises y lisos, casi brillantes; y otros, de un blanco sucio y picado de viruela; otros, en fin, aunaban en su ser más de una naturaleza gracias al artificio de la veta, que le añadía quizás un filete claro a una sustancia oscura y espesa.

Allí podían un cuerpo y una conciencia que se estrenaban en el mundo ir entrenando sus sentidos aprovechando el estallido de una tormenta. Bastaba con extender los brazos bajo unas gotas cada vez más gruesas y lanzarse a girar en tromba. Era tan sencillo como llenar los pulmones del olor a tierra mojada y dejarse llevar del vértigo.

El trance se prolongaba hasta que el latigazo del relámpago, seguido de su compañero inseparable, el trueno, hacían al pequeño osado buscar refugio en la seguridad de la escalera o de su propia casa.

Muchos de los acontecimientos que animaban la vida del Hoyo se producían sobre ruedas. El principal vehículo era mi triciclo. Montado en él, tenía al alcance de la mano hasta el último recoveco de aquel recinto entre cerrado y abierto. Podía aventurarme hasta su boca de acceso, pero nunca traspasarla, pues nada había más peligroso que el tabú que pesaba sobre el más allá, sobre *la calle*. Podía ir en busca de los charcos que se helaban por la noche a la sombra de las casas y desconcharles a cantazos el caparazón o reventárselo saltando sobre él con todo el peso de mi cuerpo.

A lomos de aquella singular montura, impulsando con mis piernecitas los pedales, sentía la velocidad y la vibración transmitidas por sus ruedas macizas. Sobre la barra trasera podía transportar a mi hermano pequeño o dejarme conducir yo mismo por el mayor, que parecía entonces un niño dado de sí, pedaleando con las piernas encogidas y las rodillas para afuera. ¿Pero qué era aquello comparado con lo que podían los mayores? Te podías hacer una idea cuando un chico de los grandes te montaba en su bici y te llevaba a dar vueltas en corro a velocidades nunca vistas. O, mejor todavía, cuando Antonio, el novio

de la Ceci, te acomodaba en su moto y, después de hacer que te agarraras bien a él («¡Agárrate fuerte!»), empezaba a dar acelerones y frenazos que iban llenando la cabeza de una embriaguez precursora de las aventuras más excitantes de la edad adulta. Y si el día estaba destinado a quedar señalado como supremo, el padre de Fernandito podía montarnos a todos en el remolque de su camioneta y transportarnos entre tumbos y risas a condición —y esto era fundamental— de que nadie se pusiera de pie.

La velocidad se alcanzaba a veces no por ir montado en un vehículo, sino por perseguirlo. Perseguíamos motos, perseguíamos bicis, perseguíamos coches del barrio o de fuera...; pero nuestras favoritas eran sin duda las ambulancias. Bastaba con que alguna se aproximara a nuestros dominios para que un vigía lanzara la voz de alarma: «¡Una ambulancia! ¡Una ambulancia!». Apenas avistada, ya nos había dejado atrás, pero el aviso saltaba de boca en boca y al punto la manada se afanaba en seguir su estela hasta aportar sobre la playa de la acera en que quedaba atracada. Si acaso alcanzábamos a divisar al náufrago doliente que había acudido a rescatar, el bullicio se transformaba en silencio y el alborozo, en seriedad. Acabábamos de toparnos con la vida y, aunque no entendiéramos muy bien por qué, algo nos decía ya que iba en serio. Cuando el navío zarpaba de nuevo en busca de tierras ignotas, nosotros

lo despedíamos todavía con nuestra carrera; pero ya por obligación y sin la alegría explosiva de la ida.

Lo que atraía nuestra atención otras veces era un carruaje estático, un objeto misterioso que aparecía de pronto aparcado junto a la acera: el coche de un visitante. Lo que procedía en ese caso era inspeccionarlo a conciencia. Se examinaban las ruedas aprovechando las facilidades de la niñez para ponerse a la altura de las cosas que están cerca del suelo. Sobre todo, no había que perder detalle de los tapacubos porque podían tener pentágonos troquelados o cuadrados excavados en la chapa o incluso —¿se habrá visto alguna vez una cosa así?— cuadraditos de colores, sí, de colores pálidos, desvaídos, como si hubieran perdido la fuerza y el brillo centrifugados por la velocidad. Había que demorarse en los parachoques contemplando la imagen de uno mismo que devolvían deformada sus cromados y concentrarse en la estrellita o el rectángulo o el rombo de la marca para a continuación tratar de discernir lo que se ocultaba o, más bien, se insinuaba detrás de los redondeles de los faros. Y así se iba pasando y repasando por las puertas, con sus manetas, que siempre estaban duras —nadie se dejaba nunca una puerta abierta para que cediera a la presión de nuestros pulgares—, el tapón de la gasolina, los pilotos colorados, llenos de facetas, el maletero, el tubo de escape...

siempre desde abajo, siempre con esa perspectiva humilde que nunca debimos olvidar.

Y no quedaban ahí las ocasiones para la excitación y la admiración. El prodigio supremo se materializaba ante nuestros ojos cuando un hombre con gesto adusto alzaba la chapa que blindaba las entrañas de aquel dragón y comenzaba a manipular en ellas. Todos nos congregábamos alrededor y, respetando una distancia prudencial, contemplábamos absortos, conteniendo casi la respiración, cómo a base de llaves inglesas y martillo se iban extrayendo una tras otra las piezas, escondidas bajo un ungüento de grasa trabada con polvo, cómo se iban depositando ordenadas sobre el suelo y cómo la culminación de tales operaciones consistía en ir devolviéndolas con el mismo esmero al lugar del que salieron, hasta que se cerraba el portón y quedaba restaurado el orden natural.

Y, naturalmente, el Hoyo era el reino de nuestros juegos, de ese tesoro que van custodiando los niños de generación en generación. Allí se pasaban las tardes jugando al escondite, saltando a la comba, comerciando con fabulosos bienes en tiendas imaginarias, pegando patadas a pelotas que a veces se sabía de quién eran y a veces no. Uno de mis favoritos era el corro de la patata, en el que siempre llevaba la voz cantante alguna de mis vecinitas. Quién pudiera estar aún con las manos enlazadas entre las de mis compañeros de

la infancia, girando y girando en un círculo que no se pudiera romper, dejando escapar alegres por entre los labios las sílabas de nuestra canción, del himno de todos los niños...

Pero me doy cuenta, llegados aquí, de que solo he hablado del Hoyo de día. Cometería una falta imperdonable si interrumpiera el relato ahora, porque aquel lugar poseía una doble alma, una naturaleza dual. Había un Hoyo de día y un Hoyo de noche, y eso era más cierto que nunca en verano, cuando no había obligaciones ni colegios que esperaran a la mañana siguiente.

Una de las sorpresas que podían irrumpir en una de esas noches era la llegada del circo. Nosotros lo llamábamos circo y supongo que no hacíamos sino repetir el nombre que se daban ellos pomposamente a sí mismos, pero no pasaban de ser un puñado de artistas vagabundos, titiriteros míseros que iban de plaza en plaza repitiendo sus cuatro juegos malabares y paseando un mono, tratando de engañar el hambre con las propinas —nombre más digno que limosnas— que recogían en un gorro sucio. Creo que me llevaron alguna noche a ver el circo, pero poco recuerdo de aquello. Si lo menciono es porque en una de esas noches señaladas mi corazón empezó a ensayar la soledad y el abandono. A la luz mortecina de una de las farolas de nuestro Hoyo, mi madre aventuró una pregunta mientras caminábamos: «¿Y si te dejamos con los del circo para que te vayas con

ellos?». En aquel momento, el hambre de los titiriteros fue mi hambre, su miseria se hizo mía y me vi condenado a vagar eternamente llevando en el alma el dolor de no volver nunca a un hogar, a unos padres.

Pero hago mal quizás en relatar lo excepcional. Hablemos de lo normal, de la dicha sencilla y la alegría expansiva que se apoderaba de todos nosotros, los niños del barrio, en aquellas noches de libertad. Los juegos, que eran el centro de nuestra vida y el cemento de nuestra relación, se sucedían entre risas y cantos. Qué felicidad correr con todos mis amigos y amigas en una carrera que se prolongaba a lo largo y ancho de la noche, agarrado a la cintura de quien me precedía y dejándome estrechar por quien llevaba detrás mientras entonábamos a coro:

Pasimisí, pasimisá,
por la puerta de Alcalá
los de adelante corren mucho,
los de atrás se quedarán

No he vuelto a sentirme arrebatado así en el resto de mi vida.

Probablemente, lo que más nos atraía de los juegos nocturnos era el tono íntimo que adquirían. Los niños saben del amor y del sexo, aunque luego, de mayores, se empeñen en olvidarlo. Y todos entendíamos que la noche templada, a cubierto de las miradas de padres y madres, brindaba mo-

mentos propicios para ello. Era entonces cuando las niñas mayores declamaban la vieja letra, que ya ensayaron sus madres y las madres de sus madres:

Al jardín de la alegría
quiere mi madre que vaya
a ver si me sale un novio
lo más bonito de España...

Las primeras sílabas iban acompañadas de un par de saltos sobre la tierra, que eran el prelude de una arrancada veloz en busca de un brazo con el que enlazarse en círculo para transformarse en las aspas de una hélice que se había de quebrar y recombinarse una y otra vez. A aquellas horas, a las risas se les iba poniendo sordina, las palabras preferían ser susurros y se iban cuchicheando secretos de novios y novias entre sonrojos invisibles. Y, para que se enteren los mayores, no todo quedaba en palabras: sonada fue la noche en que José Antonio, grandísimo sinvergüenza, enseñó, aunque fuera a oscuras, lo que de sobra sabíamos que se debía ocultar.

La radio

En mi habitación había una radio que ya era vieja cuando yo era niño. Tenía una rejilla de color marfil y una aguja que surcaba los mapas del cielo. A oriente y a occidente se situaban dos botones o, por mejor decir, columnas que marcaban los límites de su peculiar universo, y al sur, unas teclas que yo apretaba por regalarme el oído con el estrépito de sus muelles y el tacto con las convulsiones de los resortes de su interior. Todo aquello se contenía en una carcasa de un negro muy sobado por manos de adultos y niños, con un cartón por detrás, espeso pero calado, que permitía espiar por entre sus agujeros la luz mortecina que desprendía aquel ingenio.

Desde la litera de arriba, mis deditos eran los amos y operadores absolutos de aquella joya incandescente. Ella era siempre la segunda en hablarnos a los hermanos cada mañana. Al *¡Arriba!* materno le seguía instantáneo el chasquido del interruptor. El altavoz empezaba poco a poco a zumbar hasta que se iba destilando un hilillo de voz que si era tenue al principio luego se iba afianzando y espesando. Y ya estaba en marcha el

día, con sus faenas y sus rutinas, sus tremendas alegrías y sus pequeños dramas.

La radio era también la fiel compañera del niño que, enfermo entre las sábanas, se dejaba arrullar por seriales, pepitas de oro y corazones de plata, peroratas de locutores y locutoras, y canciones que daban a su cabeza unas alas más poderosas que el lastre de cualquier fiebre. Así, podía ocurrir que se fuera quedando adormecido sobre su pila de almohadas y que no volviera a abrir los ojos hasta la llegada de la madre, que siempre traía, junto con la servilleta y el plato de sopa, un beso de sus labios que depositaba con cuidado sobre una frente tan encendida como las válvulas de aquella radio.

Aquella caja maravillosa inundó mis noches de voces extrañas. A la caída del sol, las ondas cortas, diminutas, se sienten desembarazadas y aletean con mayor soltura. Entonces era el momento de retorcer el botón que, de los dos, iba más duro y así lanzar a la aguja del dial a una breve carrera de miles de kilómetros por obra y gracia de las fuerzas que enviaba el brazo de un niño desde la cama. Podía pasarme la noche entera peleando con la ruedecita, tan atento a los zumbidos y golpeteos como a las voces, voces inconfundiblemente humanas, como la mía, como la de mis padres, como la de mis hermanos, que me envolvían cálidas o punzaban mis oídos, pero que no se entendían, que tenían como cua-

lidad suprema el no entenderse, que debían de encerrar palabras, pero en las que era imposible reconocer palabra alguna, que se acercaban o alejaban siguiendo los vaivenes de la atmósfera, y que acaso se perdían apenas se dejaban captar, obligándome a continuar el recorrido, inmóvil entre unas sombras que solo combatía el resplandor tenue y como filtrado que arrojaba mi radio.

Pero el fenómeno más admirable, el que dejó más huella en un oído que se empezaba a formar, se producía cuando el crepitar eléctrico acababa por concretarse en palabras al mismo tiempo conocidas y extrañas, cuando un locutor empezaba a narrar en un español preciso, como purificado por un robot, las glorias de la industria pesada o cómo se había trasladado un edificio completo sobre raíles en una lejana ciudad situada en la parte de los mapas que no se estudiaba o se estudiaba mal cuando yo era niño. El descubrimiento de esta lengua, que era la mía y era otra, que era propia y extraña al mismo tiempo, hizo que quedara impresa y que se mantuviera viva en mi conciencia hasta que, siendo ya un hombre, me reencontré con ella en países a los que me desplacé para enseñar el español a quienes, sin saberlo, ya me lo habían enseñado a mí.

Pero un buen día —y así es la fragilidad de las cosas del mundo— aquel idolillo descendió de su altar. En cuanto gané suficiente estatura para descolgarlo con mis propias manos de la última

balda de la estantería, le miré cara a cara y le perdí el respeto. No pasó mucho tiempo antes de que me atreviera a profanar su sagrado y contemplar sin velos ni celosías el relumbrar de ascuas con el que me habían hipnotizado sus lámparas noche tras noche. Debió de ser por aquellos mismos días, poco más o menos, cuando, casi sin enterarme, dejé de ser un niño, por más que aún me quedara mucho para ser un hombre.

La fuente de la Residencia

La fuente de la Residencia la recuerdo helada. A la fuente de la Residencia acudíamos en las mañanas frías de invierno, del invierno frío de mi niñez —nunca se pasa tanto frío como de niño—. Pero que perdonen mi desatino, antes de continuar, quienes no estén familiarizados con el Aranjuez de los años setenta del siglo XX ni con mi barrio. La fuente de la Residencia es la fuente de la plaza de la Residencia de Ancianos. La plaza en cuestión limita, en primer lugar, con la Residencia propiamente dicha, en segundo lugar con la papelería de mi tío —la papelería Yoli, como mi prima—; en tercer lugar con el corralón, con sus paredes encaladas y esos resaltos tan buenos para trepar y sentarse y dejarse caer a continuación a arrastraculillos; y en cuarto lugar con el Hoyo, aunque este último es un límite difuso porque es abierto y se pierde un poco en la nada.

La Residencia es un lugar moderno e higiénico, nada que ver con el asilo, no —y dentro viven

ancianos, no viejos—. No hay monjas con tocas que les den de comer sopas aguadas, sino eficientes empleadas de uniforme que se encargan del bienestar de los ancianos, unos ancianos que pueden salir a pasear cuando les viene en gana y que incluso se van de excursión en el coche de sus familiares los domingos y fiestas de guardar. Como no puede ser menos, a aquel templo del progreso y el bienestar le corresponde una fuente bien moderna, plantada en el centro de su plaza cuadrada, rodeada de cuadrados de césped defendidos por hilos de acero que impiden que los echen a perder los niños, los perros o los ancianos residentes.

La fuente es blanca, de un cemento blanco horadado por formas que ni son redondas ni son cuadradas, pero que sirven a la perfección para que se escurra a través de ellas el cuerpo de un niño cuando la fuente está seca, que es casi siempre. También tiene una plataforma plana y rectangular que embalsa el agua para que desde allí se precipite en cascada —cuando hay agua, insisto—. Cuando la fuente está seca, lo único que se acumula en esa plataforma es la chiquillería del barrio, que desde ahí puede saltar al borde o al pilón, según le apetezca.

El borde también está lleno de utilidad, y lo mismo sirve para echar carreras que para sentarse a comer pipas o a contar historias. Y aunque la fuente dichosa casi siempre estaba seca y con los

años se fue secando más y más, de vez en cuando, sin que se supiera bien el cómo ni el porqué, el pilón aparecía repleto de agua y si era invierno se helaba, claro, y entonces ya teníamos la diversión asegurada porque se podía tocar el hielo con la punta de un palito o tirar piedras —cada vez más gordas— a ver si se rompía; así que el hielo de la fuente de la Residencia estaba siempre como parchado con los boquetes que nosotros abríamos y que el frío se encargaba de restañar, con todos los trozos de hielo desprendidos que se acumulaban sobre la superficie helada, a la que mal que bien se iban soldando, y con todos los palos, cantos y chapas que se podían ver sobre, en y bajo el hielo.

Pero había algo mejor aún que un pilón lleno y helado. En días raros, contados, excepcionales, nos encontrábamos la fuente *encendida*, o sea, echando agua, y uno solo de esos días bastaba para iluminar muchos otros (con sus noches incluso) con un espectáculo que, a día de hoy, no han conseguido destronar de su podio en el recuerdo los delirios acuáticos de reyes, príncipes, emperadores o del más moderno capital a los que, con el paso de los años, se iría exponiendo mi cada vez más caduca retina.

Pero que no piense el ingenuo lector que nuestra fuente era tan solo escenario de juego inocente y de sencillo candor. No. Como ocurre con todo en la infancia, aquel monumento tenía dos caras: una de día y otra en la oscuridad. Y todo lo

que era griterío a la luz del sol se tornaba susurro en los muchos rincones que no podían o no querían alumbrar nuestras mortecinas farolas. Y allí, entre escalofríos y estremecimientos, íbamos ensayando los distintos misterios de la vida, desde el amor hasta la muerte, que los mayores —infelices— creían que nos habían sabido ocultar.

La calle de la Reina

La calle de la Reina había que buscarla en otoño bajo las hojas secas de los plátanos. Los barren-
deros eran quienes se encargaban de ir sacándola
de nuevo a la luz ayudados de sus escobas de ra-
mas. Apilaban los despojos de los árboles en una
hilera de montones como hitos. Luego les pren-
dían fuego y formaban fumatas que buscaban el
cielo, pero que acababan siempre enredadas a
mitad de camino con la niebla. Así era como el
otoño inundaba Aranjuez de días de bruma con
sabor a humo.

Si la tarde era de domingo y el frío se mostraba
condescendiente, tocaba salir de paseo. Prendido
de la mano de mi padre y con la vista fija en aquel
bosque tirado a cordel, era el momento de prestar
oído a las historias de antiguamente, historias
que contaba mi padre, como había hecho su pa-
dre y, antes, el padre de su padre. La hojarasca
de hoy no era nada en comparación con la del
Aranjuez de antaño, cuando camellos surgidos
de la Arabia profunda o quién sabe si de las pá-
ginas mismas de las *Mil y una noches* venían a
hacerse cargo de ella. La palabra del padre basta-

ba a conjurar su presencia y allí aparecían ante nosotros, humillando la joroba y ofreciendo las alforjas a tan reposada carga. Y era tanto el poder de la palabra *camello* que acababa por retorcer la recta innegable de la calle de la Reina hasta convertirla en una madeja de senderos hollados de pezuñas despaciosas, e incluso llegaba a remansar la cacera de tierra para formar un oasis en medio de las arenas del desierto.

No era aquel el único misterio que encerraba aquella avenida. Los había más prosaicos y más temibles a ojos de los mayores. La calle de la Reina estaba flanqueada por la Hierba y de la Hierba convenía huir tan pronto como nos abandonaba el sol. Aunque nadie nos lo contaba, todos sabíamos que allí se recostaban al resguardo de la noche cuerpos jóvenes. En la Hierba se fumaba y se bebía, se repartían botines obtenidos a espaldas de la ley, se fraguaban las fechorías del día que estaba por venir y se holgaba con la vida de poco trabajo y mucho tiempo. Entre aquellas briznas verdes acechaban peligros innombrables que dejaban pequeños a los que pudieran aguardar al explorador en la manigua o entre la espesura de la misma selva.

La calle de la Reina era también el territorio de los paseos con *la fresca*. Se instauró a partir de cierto verano la costumbre de levantarse a toque de siete para lanzarse en pos de la famosa *fresca* calle de la Reina adelante. Mi madre, mi

hermano y yo nunca estábamos solos en nuestros salutíferos paseos. Nos acompañaban mujeres que marchaban de dos en dos o de tres en tres agitando brazos y caderas a lo largo de la reja del jardín, mujeres que, como mi madre, se acompañaban de niños, mujeres ya mayores que habían arrastrado quizás a un marido taciturno; mujeres, mujeres, mujeres...

Los hombres que se decidían a bajar hasta allí eran en su mayoría cuerpos ágiles, atletas madrugadores que volaban —más que corrían— por la avenida de tierra. Algún hombre un poco más mayor corría quizás en compañía de su hijo, de un niño de mi edad poco más o menos, que se iba haciendo hombre a la sombra del que le había dado el ser.

Mientras yo continuaba mi paseo meditando en esta solidaridad de las generaciones, en el punto de fuga de aquella galería, espina dorsal del jardín del Príncipe, empezaba a dibujarse de pronto una figura. Por unos instantes se podía dudar si iba o venía, si era un anciano que se dejaba dar alcance por el trotecillo de un ama de casa y dos criaturas, o un paseante que nos salía al encuentro. Poco después el equilibrio se quebraba, la duda se disipaba y la silueta comenzaba a ganar talla, le iban creciendo brazos y piernas, le brotaba una cabeza, comenzaba a manotear, a lanzar zancadas enérgicas, hasta que se agigantaba, se le pintaban facciones y expresión en la

cara, adquirirían textura sus ropas, se poblaban sus piernas de vello y se cruzaba con nosotros resoplando y sudoroso. Mis ojos de niño capturaban su imagen, que se imprimía en mi memoria y henchía mi voluntad del deseo ardiente de llegar a ser como él y del temor de no conseguirlo.

La biblioteca, las bibliotecas

Yo fui un niño lector. Entre libros me refugiaba de otras soledades, encontraba consuelo y seguridad. Nunca me he vuelto a acercar a una biblioteca con ese sobrecogimiento, con ese respeto y devoción. La primera fue la de mi padre. De allí salió el primer libro. Un libro de mayor que leí como los mayores, como veía hacer a mi padre. Fue una novela de Julio Verne, un libro de tapa roja y dorada, con las hojas de color marrón. Yo lo abría con cuidado, casi sin atreverme. Lo leí tres veces seguidas: era tan maravilloso que mi cabeza inocente imaginaba que sería imposible encontrar otro que se le comparase y temía sufrir una decepción si se aventuraba por nuevos renglones de nuevas páginas. Siguieron muchas otras novelas de Julio Verne: todas las que mi padre había acumulado y alguna más que yo le saqué.

Con nueve años llegó el *Quijote*. Tarde tras tarde me aferraba a aquel libro y contaba al final codiciosamente las páginas leídas. Recuerdo la

fascinación que ejercía aquella lengua singular que, siendo la mía, no lo era. Parte del placer residía en ir descifrando palabras desconocidas que nombraban un mundo que había dejado de existir o que acaso nunca existió. Con ayuda de mi padre y de los pobres diccionarios de mi casa, fui haciéndome mal que bien una idea de lo que pudiera ser un yelmo o una bacía. Descubrir que una ínsula podía ser lo mismo que una isla me abrió las puertas de un universo desconocido. Porque si bien es cierto que era lo mismo, también lo es que no lo era. Yo conocía islas, empezando por la isla del jardín de la Isla; pero una ínsula era otra cosa, un mundo fantástico que estaba más allá, henchido de luz y de goce, e ínsula solamente podía ser la ínsula Barataria.

Ese mismo no entender o entender solo a medias, ese tener que desmadejar palabras para abrirse paso por el sentido multiplicaba la magia de aquel mundo remoto, me alejaba de este otro pedestre, de andar por casa, en que nos movíamos a diario, un mundo en el que había colegio, en el que el forro de los libros se picaba con el muelle de los cuadernos, en el que el asado del domingo te dejaba hinchado y pesado para toda la tarde, en el que los bares estaban llenos de una nube de humo que levitaba sobre una alfombra de serrín y cabezas de gamba. Qué mundo tan grande aquel en el que se podía exclamar: «¡Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo

caballero es el que os acomete!».

Aquella lectura precoz del *Quijote*, tan antipedagógica, tan poco adecuada a mi edad, sirvió para abrir mi alma a la literatura, mi cerebro a mi propia lengua, y para preparar el terreno en el que tendrían que prender las lenguas de los demás. Soy uno de tantos que le deben a Cervantes lo que son, uno de los muchos que se lo deberán.

Más que leer, devoraba los libros. En el verano me salía a la terraza bien tempranito y me sentaba en el suelo, con la espalda apoyada contra la reja. Mi madre me sacaba un cojín, pero yo era más partidario de aprovechar el frescor de los baldosines. Para la hora de comer, cuando el sol me empezaba a echar de aquella parte de la casa, ya podía llevar la mitad de una novela. Por la tarde, continuaba mi lectura en la habitación o en la escalera, donde podía seguir sacándole algo de fresco al terrazo. Y así, para la cena, se me podía ver de nuevo revolviendo en las estanterías en busca de la lectura del día siguiente.

Con ese ritmo febril pronto finiquité la biblioteca familiar, así que la emprendimos con la biblioteca de la Fábrica. Para llegar allí había que salir de mañana, antes de que empezara a apretar el calor. Bajaba las escaleras al trote, con las manos ocupadas con los libros que había que devolver. Atravesaba el Hoyo y salía a la calle Moreras por entre los patios de ladrillo buscando la sombra raquíica de unos olmos recién plantados (de las

moreras de la calle Moreras quedaba ya solamente el nombre). Después había que elegir: calle del Príncipe o Infantas, pero yo tenía querencia por Príncipe. La plaza de la Mariblanca era un peligro, pero se iba salvando a la sombra de los tilos, y una vez bajo los arcos no había nada que temer. Uno podía caminar sobre la cinta de piedra lisa y blanca, que flotaba como una pasarela gastada sobre un piélago de cantos rodados y que tenía en el extremo una inscripción de un metal que bien hubiera podido ser oro y que decía simple y rotundamente *1900*. Sin embargo, yo prefería los cantos. Me gustaba sentirlos a través de la suela del zapato, dejar que el tobillo se cimbreara sobre aquellas concreciones sin aristas —suaves por fuera, duras por dentro—. Al hacerlo me acordaba siempre del padre Fuentes de Loyola y lo que mi padre contaba de él. Aseguraba mi padre que se metía garbanzos en los zapatos para hacer penitencia y yo me sentía un padre Fuentes a mi manera pisando sobre aquellos cantos y recibiendo de ellos tan suave y blanda penitencia.

Después se atravesaba la plaza de Parejas, donde los pies pisaban ya arena, y los ojos, consiguiendo a duras penas despegarse del palacio real, se marcaban como objetivo las columnas de granito y el portón de madera del palacio de la comandancia. Una vez salvado el mar Muerto de la plaza, se avistaba la tapia de ladrillo de la Fábrica. La calle de la Fábrica era un buen lugar

para hacer tiempo en verano. El piso era de tierra y la sombra era espesa bajo las hojas de los tilos. Uno podía sentarse en el bordillo de la acera que corría pegada al muro. Aunque quizás sea una exageración llamarla acera. Aquello era más bien una cinta o incluso una rebaba de muro. Cuando me sentaba, sentía a través de los pantalones cortos el frío que el cemento había acumulado durante la noche para irlo cambiando durante el día por el calor del mes de julio. Yo me llevaba así en el contacto un poco de aquella reserva de vida que todos andábamos buscando en el infierno de nuestros veranos preñados de humedades del Tajo. Desde allí podía cómodamente divisar a la bibliotecaria cuando hacía su aparición calle abajo revestida de su bata blanca. Entonces yo me ponía en pie y esperaba muy serio, imbuido de la dignidad del momento, a que se parase ante la puerta de chapa verde y la abriese con su llave.

El portón daba acceso a un patio, y una vez allí había que traspasar la puerta por la que se penetraba en la biblioteca. Esta consistía más que nada en un prolongado pasillo que se dilataba aquí y allá como la panza de un rumiante. Dentro los libros estaban dispuestos en estanterías que tocaban el techo. Unos descansaban sobre sencillas baldas de metal y otros en vitrinas. Mis ojos ávidos no se cansaban de viajar por las vetustas encuadernaciones, encuadernaciones oscuras de biblioteca, de batalla, hechas para durar. No

había para mí catálogo en aquella época, yo no entendía de rebuscar en listas o pasar cartulinas entre los dedos. De lo único que sabía era de libros que quería leer, libros de cuya existencia había llegado a saber a través del colegio y que ya reverenciaba antes de haberlos leído, libros que se mencionaban en la enciclopedia infantil que yo exploraba con aplicación por las noches, bajo la luz acaramelada de la lámpara del comedor, libros que se anunciaban en las últimas páginas de los libros que yo leía. Yo sabía —y lo sabía muy bien— que quería leer los *Viajes de Gulliver* y se lo decía a la bibliotecaria y entonces ella me decía si *lo había* o *no lo había*. Si lo había, ella agarraba la escalera y lo arrebatava con rapidez y precisión de su pequeño olimpo para depositarlo sobre una mesa de madera. Entonces yo volvía al ataque y le pedía quizás *El diablo cojuelo...* así hasta que me marchaba feliz y expectante con mis dos o tres volúmenes bajo el brazo. Desandaba el camino, pero ahora arrimándome a los muros en busca de la sombra, porque iba ya pasada la media mañana y estaba alto el sol en el cielo. Subía corriendo las escaleras de casa y me hacía fuerte en la terraza hasta que me sacaban de allí para comer. Qué mezquindad tener que cambiar a Dumas padre por un plato de lentejas.

Antes de que terminara la semana podía dar por seguro la bibliotecaria, cuando sus otras tareas le permitiesen acercarse hasta la puerta

verde de la biblioteca de la Fábrica, que me encontraría sentado en la acera muy formalito con un puñado de libros entre las manos, esperándola para cambiar a Fernando de Rojas, Quevedo y Calderón por Mark Twain, Walter Scott o cualquier otro clásico que se pusiera por delante.

Otra muy diferente es la historia de la biblioteca municipal. Durante mucho tiempo fue para mí una puerta bonita incrustada entre los ladrillos y los sillares blancos de la casa de Atarfe. Aquella biblioteca era una puerta de hierro con vidrieras de colores. La biblioteca municipal era una puerta, una puerta cerrada. Yo imaginaba detrás de ella un tesoro de libros dormitando, inaccesibles en su sueño remoto y polvoriento. Pero un buen día mi padre decidió llevarme a que me hicieran el carné de la biblioteca. Aquellas palabras resonaron en mis oídos con un timbre mágico: *el carné de la biblioteca*. Yo iba a tener un carné, iba a recibir la llave que me franquearía el paso a aquel reino que yo había creído definitivamente vetado. Aquel día la puerta cerrada estuvo abierta y de la mano de mi padre accedí a un recinto de luz amortiguada y paredes forradas de libros viejos. No recuerdo si eran muchos o pocos, solo la vejez, como si una decadencia irremediable se hubiera apoderado de la sala y de todo lo que contenía. En el centro reinaba una figura femenina: por estola, una rebeca; por tiara, un tocado de horquillas; por trono y estrado, un escritorio.

Hasta él nos acercamos a implorar la cartulina que hacía las veces de llave del reino. Después de un prolongado silencio acompañado de todo el peso del escepticismo, la guardiana nos dirigió palabras que sonaban a sentencia. Pero mi padre no se arredró lo más mínimo —nunca admiré más a mi padre—. Gracias a él salí de allí con mi carné relleno a máquina en el bolsillo y mi primer libro bajo el brazo: la *Odisea*, a la que substituyó antes de que pasara una semana la *Ilíada*. Los dos formaban parte de un plan más amplio para ir leyendo los grandes clásicos empezando por Grecia. Trastocar el orden de los dos primeros resultaba secundario ante las proporciones de tamaña empresa.

No recuerdo haber leído más libros de esa biblioteca. Quizás no volví a dar con un nuevo volumen valioso entre el polvo de sus estantes o quizás —lo más probable— el brillo de la palabra de Homero bastó a eclipsar todo lo demás, aunque para llegar hasta mí tuviera que atravesar los siglos, trasvasar las lenguas y posarse sobre un papel ajado. Algo de su magia me alcanza todavía en cada nuevo libro que leo y solo espero que no me falte hasta llegar al último.

El jardín

Sí, lector, ya lo sé, ya sé que si esto es un libro sobre el ser niño en Aranjuez, tú has estado todo el tiempo esperando este capítulo. Me imagino incluso que ya estás frunciendo el ceño, a punto de disparar la corrección: «No es el jardín, son los jardines. Aranjuez no tiene jardín. Tiene jardines». Quizás estés incluso pensando: «A ver si después de tantos años de ausencia se ha vuelto como uno de esos forasteros que en cuanto ven el jardín ya lo están llamando *parque*»; horror de los horrores para cualquiera de los felices habitantes de este pueblo: ver su jardín motejado de *parque*.

El jardín es uno y dúo; un jardín que se manifiesta como jardín de la Isla y jardín del Príncipe; dos naturalezas y un solo jardín verdadero. El jardín era todo dulzura y alegría, todo luz y todo juegos. Siempre olía bien, siempre te acogía y te alimentaba y te revelaba nuevas caras sonrientes.

El jardín era territorio de papá. La calle de la Reina era para mamá, pero el jardín, el jardín era de papá. Él sabía descubrir las mejores manzanas y te enseñaba a escogerlas. Por mi padre es

por lo que la Casita del Labrador siempre estará envuelta en sabor a manzana, a manzana besada antes que nadie por el pico de un jilguero. Mi padre sabía encontrar piñones al pie de la montaña rusa. Él apuntaba hacia el sitio y mi hermano y yo, que estábamos más cerca del suelo y teníamos más clara la vista, nos lanzábamos a pellizcar la tierra.

Los piñones, recogidos en puñado, custodiados ávidamente por los dedos, desprendían un polvillo que se mezclaba con el sudor como si buscara comunicarte algo de su sustancia. Luego había que encontrar un canto bien gordo para cascarlos. Papá ejecutaba la operación con maestría. De un solo golpe hacía saltar la cáscara sin aplastar el fruto y después te lo ofrecía para que tú terminaras de extraerlo de su funda, marfil blando asomado al aire, donde creía encontrar por fin la libertad. Pero había más: había pacanas, había peras y hasta granadas. Todos los rincones del jardín los conocía mi padre y de todos sabía sacar provecho para el cuerpo o para el espíritu, pero siempre —eso era lo fundamental— sin dañarlo.

Con papá se iba al jardín a leer. Él con su libro y yo con el mío, y así nos podíamos pasar la mañana sentados uno junto al otro. Pero cuidado, que aquello no era tan fácil como pudiera parecer. Primero había que escoger un buen banco, a ser posible con agua corriendo a la espalda y una copa de árbol que defendiera del sol, una

copa de hojas anchas y tupidas para que formaran pantalla frente al cielo. Un ciclamar de hojas acorazonadas era ideal. Había bancos de piedra sin respaldo que invitaban a cruzar las piernas sobre el asiento alfombrado de líquenes. Estaban también los de maderas verdes montadas sobre hierros curvos como si fueran persianas a medio enrollar. No hay que olvidar, por supuesto, los de hierro fundido y, arropados por el boj, los grandes asientos labrados en piedra, tan señoriales y elegantes con sus guirnaldas y molduras excavadas en las blancas carnes de la piedra de Colmenar.

Pero lo principal para sentarse era el pañuelo, el golpe certero y veloz con que mi padre despejaba al punto la piedra, la madera o el hierro. A continuación se depositaba el pañuelo, se le dejaba posarse guiándolo cuidadosamente por las puntas, para que, interponiéndose entre los dos, salvase la tela del pantalón del contacto hostil con el asiento. Yo también tenía mi pañuelito, pero sin punto de comparación con aquel otro pañuelo mágico que tan pronto limpiaba un banco como recogía la gota de helado que, deslizándose barbilla abajo, ponía en peligro la camiseta recién estrenada. El pañuelo paterno siempre salía indemne milagrosamente de aquellas operaciones para volver a ocupar, debidamente plegado, su lugar en el bolsillo.

En el jardín del Príncipe se dejaba uno fotografiar con sus hermanos por la cámara del padre

bajo el templete oriental de los chinescos o entre los mármoles del clásico para, a continuación, ir una y otra vez, visita tras visita, a observar a los peces del estanque, a escudriñar por entre sus aguas verdosas el contoneo sinuoso de sus habitantes.

En el jardín del Príncipe había que introducirse entre los cuerpos apretados y podados de las tuyas que formaban el cenador de Rusiñol, dejarse envolver por la tiniebla, en la que acaso se deslizaba subrepticamente una pareja de novios en los calores húmedos de una mañana de junio. El jardín del Príncipe eran anchas avenidas y estrechos senderos, plátanos capaces de abarcar el cielo con su copa y espinos de madera apretada, cuyo cuerpo convulso parecía decir que sus púas infligían el mismo tormento hacia dentro que dejaban adivinar a quienes las observaban desde fuera, eran suelos alfombrados de una hiedra que a la menor oportunidad buscaba las alturas trepando por los troncos de olmos y almeces. Cuántas veces mi corazón de niño temió perderse en aquella selva inabarcable y no encontrar el camino de vuelta si dejaba escapar de entre mis dedos la mano fuerte y segura del padre.

El jardín del Príncipe era para nosotros el más cercano y, por eso, el que más frecuentábamos. El de la Isla lo reservábamos para las grandes ocasiones, cercado como estaba por las aguas llenas

de ova de la ría y asediado por la carretera nacional. Para cruzar hasta allí había que acogerse primero al seguro de la caseta de Información y Turismo, que flotaba a la deriva entre las mareas de coches y que me parecía por aquel entonces un paraíso con sus fuentecillas, sus jardines, sus vigas de madera y sus ventanales. Desde allí se saltaba como buenamente se podía, a la carrera por entre los coches, hasta la puerta del jardín. Salvando por un puentecillo de piedra inmaculada las aguas tenebrosas de la ría, se asentaba el pie sobre la arena limpia y ya estaba uno ante la fuente de Hércules y Anteo.

Lo más fascinante de aquel espectáculo de piedra y agua eran los dos colosos que lo coronaban, pugnando el uno por impedir y el otro por recuperar el contacto con una Tierra madre que por un invisible cordón umbilical hubiera podido nutrir a Anteo con las fuerzas que decidieran el combate. Sin embargo, lo que se impresionó con más fuerza en la retina del niño fueron las dos columnas de piedra blanca rematadas con picas; o, para ser más precisos, más que las columnas que, severas, flanqueaban la escena, las palabras que en letras de molde llevaban adosadas: *NON PLUS ULTRA*. Así, tres palabras nada más, tres letras, cuatro y cinco, pero que bastaban para evocar en mí gestas más formidables y fuerzas de la naturaleza más violentas que las que pudieran narrar pliegos y pliegos de papel manchados por

la huella oscura de la imprenta.

Aquellas palabras estaban hechas de la materia del mito y la leyenda, y no solamente porque hablaran de las cosas de Grecia, de sus dioses y semidioses, de sus héroes. No, participaban de esa virtud mágica porque eran palabras extrañas de una lengua extraña que solamente con la ayuda del saber insondable del padre (¿qué no sabía mi padre?) se podían llegar a entender. En aquellos paseos por el jardín de la Isla aprendí sin estudiar que había habido otros hombres y otros tiempos, otras lenguas y otras disposiciones del mundo, que la Tierra había sido plana y que los dioses correteaban por ella semidesnudos, mezclados con los mortales, riñendo a veces con ellos y dándoles otras veces saber y colmándolos de beneficios.

Aprendí que el mundo había sido más breve, que se acababa precisamente en esta península nuestra y que por eso habían plantado a uno y otro lado del Estrecho unas columnas —«Mira»— que llevaban escrito en latín *Non plus ultra*, ‘No más allá’, pues pensaban que el incauto o soberbio navío que llegase a rebasarlas se precipitaría irremediablemente al abismo desde el borde mismo del mundo. Hasta que unos marinos ni incautos ni soberbios, sino audaces e inteligentes se aventuraron en aguas que nadie se había atrevido a surcar. Y el resultado de su acción no fue el final desastroso, la perdición ni el castigo, sino

un cataclismo que a un mundo plano y estrecho lo volvió amplio y redondo.

El jardín de la Isla era un libro que mi padre me leía. A una edad en que ya sabía leer de sobra los libros de letras, yo aún no había aprendido a descifrar aquel otro libro de árboles y canales, de ladrillo cocido y piedra labrada, de boj y peonía, de brisa y aromas, un libro impreso para admiración del mundo sobre la tierra de Aranjuez. Con mi padre aprendía en la traza del palacio, en los senderos de tierra y en las avenidas de canto y ladrillo. Estudiaba el olor de la magnolia y resolvía la caída del agua formando cascadas de nieve, me imbuía de la dignidad del paseo sosegado, me dolía con el niño de la espina y me embriagaba con Baco, me acostumbraba a esperar sin esperanza la segunda venida de los faisanes a sus jaulas y del agua a la fuente del reloj de sol, tan triste sin chorro que señalara con su sombra la hora del mundo extraño del jardín en un puñado de números romanos esparcidos por el suelo. Aprendí a entrever el sol que enviaba sus rayos filtrados y quebrados a través de las copas lejanas de los plátanos de sombra. Aprendí a ignorar el fruto del castaño de Indias, la castaña loca que por el suelo yacía por doquier, y a adornarme el pelo con la pluma humilde que había dejado abandonada una paloma. Aprendí sin saberlo, sin darme cuenta, a arraigarme bien hondo en la tierra, para que mi espíritu fructificara con el alimento de

aquella vega regada por la corriente oscura del Tajo, que arrastraba manojos espesos de ova a buscar su destino en playas que yo aún no había llegado a conocer.

Tengo que hablar todavía de ti, el último, el más coqueto, mi favorito por ser pequeño como yo, porque en ti reinaba una niña (pues niña era al fin y al cabo, aunque fuera de bronce): el jardín de Isabel II. El jardín de Isabel II era un huerto que no producía nada, era una maceta gigante encaramada sobre un zócalo de piedra. Era la caseta de ladrillo con su ventanuco enrejado que custodiaba la entrada, eran las familias que allí habían acudido a buscar el fresco, ese fresco tan codiciado en las noches de calor espeso de mi pueblo. El jardín de Isabel II era un lugar donde los niños podíamos correr y jugar bien guardados en nuestro corralito: todos adorábamos la verja de hierro, tan manejable, tan de nuestra altura, a la que te podías agarrar para asomarte a la calle sin estar en la calle. El jardín de Isabel II era un banco ancho y señorial de piedra blanca, blanquísima, salpicado de pétalos de lila, eran las raíces como brazos de gigante de unos plátanos de sombra tan altos que se mareaba la mirada solo con buscar la copa. El jardín de Isabel II era el cielo en la tierra, un cielo aterrizado en pleno Aranjuez, un cielo pequeñito y recogido, hecho a la medida de los niños.

Los fortines

Aranjuez es río y es huerta, es jardín y palacio, avenidas y plazas; pero Aranjuez es cerro. No entenderá esta vega con ínfulas de oasis quien no entienda sus cerros. Y no se puede ser niño aquí sin querer subir a los Fortines. Ya siendo muy pequeño, cualquier mayor que quisiera convertir mi día en una fiesta solo tenía que pronunciar cuatro palabras mágicas: «¡Vámonos a los cerros!». Se echaba en un talego una barra de pan y unas onzas de chocolate y se emprendía una procesión por la calle Moreras, parando a que te dieran un vasito de agua en un bar, superando el estrecho que mediaba entre el olor a kikos de la fábrica de palomitas y el colegio de los curas.

Por ahí ya íbamos saliendo a campo abierto y empezaban a surgir ocasiones de disputa porque había caceras con agua, ¡ay!, unas caceras tan deseables, con sus tripas de cemento —canalillo por el que corría el caudal espeso y verduzco de que se alimenta Aranjuez—. A mí me gustaba andar haciendo equilibrios por los ladrillos del borde y por ahí venían ya los disgustos y las advertencias: «¡Que nos volvemos! ¡Mira que nos

volvemos!».

A esas alturas del camino había que empezar a tomar decisiones. Podíamos continuar en derecha por la calle Moreras pasando por delante de las casas blancas de los americanos y envidiando a los niños que se mecían en sus columpios; pero entonces la partida corría el riesgo de culminar sin pena ni gloria en la fábrica de gaseosa y quedar rebajada a un arrastrar anodino de zapatitos calados con hebillas. No, cuando la cosa iba en serio, había que tomar a mano derecha y remontar la cuesta de la fábrica de palomitas, aprovechando si se podía para echar mano a alguna panocha con que jugar por el camino. Se ganaba así la falda del cerro, donde los niños éramos libres. No había ya necesidad de dar la mano para cruzar ni de detener la carrera en la orillita de la acera. Se extendía ante nuestros pies una alfombra de hierba tierna como solo se puede encontrar en las tardes de marzo o de abril, una alfombra que por las costuras enseñaba los senderos de yeso de los cerros, que se mantenían abiertos por las pisadas de otros paseantes, el correteo de otros niños que acaso habían llegado hasta allí guiados por su tía o por su madre o por un abuelo que los había acompañado, como a él le acompañaron, para que se enredaran entre las retamas y les arrancaran ramitas con las que perseguirse unos a otros, para que vieran a las ovejas pastar, para que se quedaran encandilados

con el estruendo de cascabeles del rebaño hasta que el ladrido de un perro los devolviera al mundo entre las risas del pastor, para que se dejaran las uñas arrancándole al suelo terrones blancos que luego poder lanzar con la fuerza modesta de sus brazos; para que se llenasen los pulmones de aire fresco y limpio y húmedo, y los ojos de un sol que ya nada ni nadie les podría quitar.

Y si la falda era una fiesta, ¿qué decir de las moles de hormigón y canto rodado que se divisaban o, más bien, se soñaban a lo lejos, en lo alto? La excursión a los Fortines, hasta los mismos Fortines, quedaba reservada para los días solemnes porque no se aventuraban hasta allí una madre ni una tía ni un abuelo. Hacía falta un padre que, osado y deseoso de transmitir osadía, enfilase la empinada senda y nos guiara precisos hasta las alturas bordeando barrancos y salvando desprendimientos de tierra.

La decepción, sin embargo, llegaba arriba, después de perder el resuello entre cuestras perfumadas de tomillo. Un niño —cualquier niño— quería, lógicamente, adentrarse en el refugio que protegía del bombardeo de un ya imaginario avión, asomarse al boquete por el que se habían asomado las ametralladoras, correr por los pasadizos que conectaban las posiciones. El niño quería colarse por la boca del túnel y el padre bajo ningún concepto lo quería consentir... hasta que se iba ablandando y acababan traspasando la puerta

solemne, uno detrás del otro, para toparse con un recinto apestoso y estrecho, alumbrado apenas por una ceja rajada en el hormigón, con un suelo revuelto de cantos, latas, cascotes, vidrios, trapos y mierda, sobre todo mucha mierda y muchas moscas. «¡Qué chasco!», resumía la sabiduría paterna. Qué chasco y qué enseñanza para la vida.

El río

Yo no sé qué es el río. El río es una cosa que no se puede explicar. El río de Aranjuez dicen que se llama Tajo, pero eso es lo mismo que no decir nada. Podría decir que el río es el alma de Aranjuez, pero sería mentira, porque no hay almas en el mundo que se puedan palpar, que te envuelvan y te acaricien, que le hagan cosquillas a tu cuerpo desnudo con mil tentáculos finos.

Podría decir que el río es la sangre de Aranjuez y eso se acercaría más a la verdad, porque la sangre irriga y alimenta, fluye y se ramifica, se deja conducir por vasos cada vez más finos hasta llegar a la última célula del cuerpo para vivificarla. La sangre se puede también derramar en vano o se puede verter para que broten los frutos del mañana. Pero aun así seguiría faltando a la verdad porque la sangre no se deja embalsar ni remansar, la sangre no sabe ser verde ova, y la tierra no sabe tragársela sin que se imponga el color de la sangre al de la tierra.

El río podría ser linfa, pero yo la linfa me la imagino más espesa de consistencia y más sutil en sus modos. No, no hay linfa como el río de

Aranjuez, como el río que fluye regando los recuerdos. ¿Y si fuera dios? ¿Y si el río fuera el dios particular de mi tierra? Pero los dioses siempre hablan de amor y después con sus manos practican el odio.

No, yo no sé lo que es el río; el río de Aranjuez es tan grande que no se puede explicar.

La Mariblanca

Yo no sabía aún que ella era Venus. Yo no tenía ni idea de historia ni de arte. Ni siquiera sabía muy bien por qué la llamaban Mariblanca, porque la verdad es que estaba bastante negra con tanto tubo de escape como pasaba junto a ella. Era así. Yo me la había encontrado así y la aceptaba con la naturalidad con que los niños tomamos el mundo.

A mí me gustaba ella, con su cántaro bajo el brazo y su túnica descolgándose, me gustaban los lagartos encaramados a la piedra lisa, condenados a trepar por los siglos de los siglos. Me gustaban los soles mofletudos escupiendo agua a dos carrillos, me gustaba echar carreras infinitas por su corro desgastado de piedra de Colmenar, me gustaba escalar los mojones de piedra que la flanqueaban para saltar desde ellos, me gustaba bajarme a la arena para agarrarla a puñados y lanzarla al aire. Me gustaba quedarme boquiabierto contemplando una plaza tan grande, tan grande que más parecía un mundo.

Sí, todo eso estaba bien, pero lo que de verdad me fascinaba era la otra fuente, la pequeñita,

la de la concha (aunque estuviera desconchada), la que estaba pegada a la fuente grande. Y me gustaba porque era nuestra, de los niños, porque era de nuestro tamaño y hasta nos habían puesto un mojón al lado para que nos subiéramos y metiéramos las manos en el agua. No se podía ir a la Mariblanca sin jugar con la otra fuente, la pequeñita, la de los niños, la de la concha.

El caz

El caz era el centro de todos los peligros, era lo prohibido, la prohibición misma. Quizás por eso tenía yo tantas ganas de caz.

El caz era un genio extraño y esquivo. A veces se le veía, como en la calle Sóforas, enseñando las compuertas que regulaban la sangría de su caudal que se vertía en las caceras, mostrando al mundo su corriente hinchada, negra, ampulosa, con ondas y remolinos insinuándose en la superficie y en los que yo adivinaba la fuerza capaz de tragarse a un niño, a todos los niños que le echaran, como en aquellas historias que contaba mi madre amortiguando la voz, historias de hombres que habían desafiado al caz o de mujeres que habían sido imprudentes, historias de niños demasiado atrevidos que habían hollado con su zapatito el borde mismo del cemento, historias de ahogados que habían aparecido flotando contra la compuerta con los ojos vidriosos y el buche atiborrado de agua, porque el caz todo lo traga para soltarlo después, cuando ya le ha sorbido la vida.

Otras veces, en cambio, el caz no se veía, pero estaba, como cuando me llevaba a pasear mi

abuelo por la parte de arriba de la Hierba y me explicaba que estábamos pisando justo, justito, por encima del caz, y hasta me enseñaba los volantes oxidados y los tornillos que servían para accionar portones secretos, subterráneos. Aunque en ese momento no lo veía, lo sentía y me invadía el temor de que me pudiera succionar incluso a través de la bóveda de hormigón.

Poco a poco fui descubriendo que ese caz escondido mantenía contactos con las calles del pueblo, que extendía sus tentáculos húmedos bajo aceras y calzadas a la espera quizás de que un accidente inopinado le arrojara una nueva víctima. Mi desconfianza no hizo con ello sino aumentar. Y aun así, a pesar del terror que infundía solo con presentirlo, o precisamente por eso, yo no me cansaba de caz y quería caz, caz y caz.

La casa de la abuela

La abuela vivía en una casa de la calle del Capitán con ventanas escondidas detrás de los barrotes y persianas a medio enrollar. Por la ventana se veía enseguida si *estaban*, aunque en casa de la abuela siempre *estaban*.

Visitar a la abuela merecía la pena, aunque solo fuera por forcejear con la manija y la puerta del portalón, que necesitaban siempre un poco de pelea para ceder y dar paso a los visitantes. La casa de mi abuela estaba nada más entrar al portal. Solo había que subir un par de escalones de piedra y retirar una cortina pesada. La puerta siempre estaba abierta.

Era natural que la abuela, que era vieja, habitara una casa vieja. Y también lo era que te pudieras lanzar a jugar hasta hartarte por aquel pasillo largo, dominado por la habitación de la abuela, una habitación enigmática, resguardada por sus puertas de cristaleras. Si te salías al patio te estaban aguardando el grifo de la fuente y los racimos de la parra, que parecía que te estaban incitando a saltar para atraparlos. Pero aquellas uvas estaban tan altas que lo mismo te hubiera

dado brincar y brincar para bajar la luna. En días señalados papá llegaba a abrir la casa de la Remedios y te enseñaba la bicicleta del abuelo, que después había sido suya, y que ahora dormitaba cubierta de polvo, recostada contra la pared.

En casa de la abuela había un cuarto deshabitado donde yo me impregnaba del silencio que asedia a los niños en las estancias donde se ha aposentado la soledad. Allí se conservaba un aparador donde cuenta la leyenda que se había caído mi padre por goloso cuando era como yo. La culpa la había tenido un cajón lleno de bollos y aquello le costó que mi abuela le pusiera el culo como un tomate y él tuviera que pasar las Navidades caliente.

En la cocina el techo quería vencerse por el pliegue de una grieta. Mi abuela se lamentaba de que el día menos pensado se iba a venir abajo, pero a mí me parecía ideal tener un techo así, no como los de mi casa, todos tan lisos, todos tan aburridos. Bajo la arruga del techo había ido a encontrar su lugar el fogón, en el que se pintaba de rojo una resistencia cada vez que se cocían judías o se freían pestiños, unos pestiños que acababan llegando a mi boca bien cubiertos de miel y azúcar. En la cocina de la abuela te daban vasos llenos de agua que había que coger con las dos manos para que no se cayeran y que siempre se bebían entre jadeos y gran excitación, resultado de alguna carrera o de algún juego interrumpido.

Algunas mañanas la abuela sacaba un barreño de cinc y lo colocaba en el centro del tablero de ajedrez que formaban las baldosas. En ese barreño lleno de agua era donde se bañaba mi primo aprovechando el sol que se colaba a raudales por la puerta acristalada que daba al patio.

Con el tiempo mi abuela se fue a vivir a una casa de ladrillo con un portal bonito, pero la casa vieja de la calle del Capitán con su fachada desconchada y sus rejas de barrotes bien gruesos nunca dejó de ser la casa de la abuela. Cada vez que pasábamos por delante nos la íbamos encontrando más destartada. Las tejas, cansadas de tantos años como habían pasado en alto, iban poco a poco buscando el suelo, acunadas por unas vigas que se combaban sin remedio. La casa, cerrada a cal y canto, iba convirtiéndose en sombra de sí misma, pero no por eso dejaba de ser la casa de la abuela. Y todavía hoy, cuando paso por delante de cierto bloque de pisos de la calle del Capitán —no sé si imitación o burla de lo que fue Aranjuez—, sé que sigo pasando por delante de la casa de la abuela.

El llanto

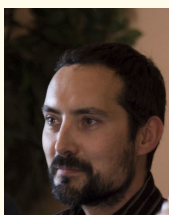
Lo recuerdo como si fuera hoy. Un buen día, estando en mi habitación, tendido en la cama, rompí a llorar al darme cuenta de que se acababa, de que se escapaba la niñez. Mi cuerpo se sentía otro, sentía o presentía lo que estaba por venir. Entendí de repente que dentro de poco nada de aquello me pertenecería. Dentro de unos meses, apenas un año, miraría por encima del hombro todo lo que yo era y lo que me rodeaba, con la superioridad de quienes aún no han tomado distancia de aquello que aspiran a dejar atrás. Lloré por mi niñez, por una infancia que acababa, y tirado en la alfombra continuó el llanto, con patadas mezcladas de desesperación. De nada sirvió. El tiempo tiene su medida y su razón y a ellas nos hemos de someter todos por poco razonable que nos parezca. Empezaba a entender aquello que decían tan a menudo los mayores: es ley de vida.

Colorín, colorado

Hasta aquí ha llegado esta vacación eterna, esta infinidad que son los primeros años del ser. La mía empezó cuando ya se habían retirado las guerras y el hambre de las calles, pero antes de que los niños desertaran también de ellas para quedarse guardados como cosas preciosas en el fondo de las casas. No fue ni mejor ni peor que las que vinieron antes ni las que vinieron después. Todos tuvimos el regalo de ese instante inagotable que se llama niñez y que nos permite sobreponernos lo mismo a las privaciones que a la abundancia. La viví y ahora la llevo conmigo. He querido rescatarla por si podía arrancarle todavía algún destello que, desde los abismos del tiempo, iluminase el camino. Y he querido compartirla contigo por si ese brillo podía de alguna manera reverberar en tu alma. Quién sabe si podrá ayudarte a retomar algún hilo perdido que, por el laberinto de lo vivido, te devuelva a tu propia llama. La mía se encendió un buen día en Aranjuez, allá por 1970, y dondequiera que se apague irá impregnada de río, de sotos, de primavera y de hojas caídas de los plátanos de la calle de la Reina.

Índice

¿Por dónde empezar?	7
El recuerdo	9
Adelante, pues	11
El Jardinillo	13
La escalera	15
El patio	21
El Hoyo	29
La radio	37
La fuente de la Residencia	41
La calle de la Reina	45
La biblioteca, las bibliotecas	49
El jardín	57
Los fortines	65
El río	69
La Mariblanca	71
El caz	73
La casa de la abuela	75
El llanto	79
Colorín, colorado	81



Alberto Bustos ha hecho muchas cosas en la vida, pero una de las principales ha sido nacer en Aranjuez. Aparte de eso ha tenido tiempo para vivir en la República Checa, Nueva Zelanda y Alemania, donde se ha dedicado a enseñar su lengua materna. Esta lengua es su gran pasión. A ella le ha dedicado un puñado largo de publicaciones científicas, incluida una tesis doctoral. Por ella se ha ido a vivir a Cáceres, donde todos los días intenta descubrirles algún aspecto nuevo a sus estudiantes de la Universidad de Extremadura. Y por encima de todo le apasiona escribirla.

Los ojos de un niño se abren sobre el mundo y lo hacen precisamente en Aranjuez, en este rincón de la meseta que juega a no ser meseta. ¿Qué mejor lugar para iniciarse en el espectáculo de la vida? Eso, pasado por el filtro del recuerdo, sublimado con grandes dosis de nostalgia y aromatizado con unas gotas de distancia, es lo que encontrarás en estas páginas.